

Violencia juvenil y Escuela

Por Federico García Posada

La Escuela ha tenido entre sus funciones eternas, la de servir como una especie de precaución contra la violencia. Hoy nos preguntamos por esta relación, porque hemos perdido el sentido de lo que es la violencia. Se nos olvida que ella es, de principio a fin, violación: acción de violar una integridad cualquiera, del tipo que sea.

En Colombia hemos perdido hace ya bastantes años esta acepción. Se ha modificado el campo semántico, en razón de que a las luchas agrarias y políticas de los años cincuenta, se les dio el nombre genérico de violencia. Quedó ésta asociada a la crueldad, al corte de franela, al desmembramiento y en general a la despiadada práctica del tormento y el asesinato espantoso. Haber escogido ese nombre probablemente tuvo su utilidad: sirvió para señalar los pavores de la guerra y de la rotura del orden, en un intento por exorcizar ese periodo sangriento de la historia.

Nadie podía calcular entonces, que años más tarde muchas otras formas violentas habrían de pasar inadvertidas y la sistemática erosión del vínculo social continuaría su trabajo callado, teniendo como colchón el acostumbramiento y la acomodación fácil a todo aquello que, aún siendo violento, no recibía tal calificativo, tan solo por no parecerse a lo que Veneno y Sangre negra hacían. Fue necesario que todo un país contemplara perplejo el pavoroso incendio del Palacio de Justicia, para que de repente se comprendiera que estaba en juego la existencia misma de la sociedad y ya no tanto del Estado. Este, debilitado y casi acorralado desde adentro por unas burocracias altamente especializadas en hacer nada y una clase política acostumbrada a usar

los honores y los dineros públicos como otra alternativa lícita para movilizarse socialmente, no podía esperar mayor defensa por parte de la sociedad civil bastante ocupada en procurarse métodos de supervivencia y al mismo tiempo oponer alguna resistencia a la inoperancia de sus flamantes y ahitas autoridades.

En esa búsqueda de supervivencia, empezaron a trazarse fronteras entre los grupos civiles. Así, donde había un vínculo social, se levantó una barrera. Las ciudades, en particular Medellín, interrumpieron su proceso de configuración urbana y, en un cierto retroceso al origen migratorio de sus pobladores, llegaron de nuevo los hábitos rurales, sólo que en un contexto inapropiado. No olvidemos que la formación de una conciencia de civilidad está en Occidente íntimamente asociada a las formas ciudadanas.

En resumen, cuando se perdió la sensibilidad hacia la violencia que los pueblos tienen para protegerse, se desestabilizó y debilitó la tendencia a la integración social.

Ahora bien, una integridad pura, absoluta, es un ideal. De ahí que la escuela a la larga pretende conservar aquello que en alguna medida se presenta, bien como un ideal, bien como camino para alcanzar un ideal: La democracia, como decía Simón Bolívar, el método para producir

ciudadanos, esto es, hombres iguales ante la ley por encima de sus diferencias naturales y sociales. En una palabra, ideal moderno de la integridad de las naciones.

Por ejemplo: despertar en los niños el amor por el conocimiento, es, desde este punto de vista, un método para que estos sean guardianes del conocimiento y, en el mejor de los casos, promotores o productores de conocimiento. Así, evitarán cualquier violación de los cánones que hacen posible el conocimiento o dicho con las palabras del principio, se espera que eviten la violencia contra el conocimiento. Cuando en nuestras escuelas enseñamos a los niños a cultivarla belleza, se presume que de manera expresa o tácita estamos dándoles a conocer las reglas de la belleza,

de tal manera que puedan reconocer cuándo esas reglas están siendo violadas o orren el riesgo de serlo, para que procedan a impedirlo. Así pasa con cada una de las cosas que la escuela enseña, trátase del deporte, de las matemáticas, de las ciencias sociales, de la lengua española, de la democracia.

Si la escuela no enseña reglas, no podrá enseñar tampoco la repugnancia que debe sentirse cuando esas reglas son violentadas. Hablamos, por supuesto, de la escuela normal, esto es, como aquel lugar llamado por Comenio en el siglo XVII un educatorio para la juventud, un lugar al cual concurren de buen grado o por la fuerza, dos generaciones al menos: Una, sin sentido de integridad de lo social, sin una percepción de la totalidad en el tiempo y en el espacio de cada una de las instituciones sociales, con la excepción de la familia. La otra generación, con una aceptable percepción de la totalidad social y por lo tanto habilitada para presentar esa totalidad como una integridad que debe ser respetada. Así pues, una generación debe ver su entorno social, si no como deseable, al menos como inevitable. Mientras tanto, la otra generación difícilmente encuentra a la sociedad como algo deseable y mucho menos como inevitable. Si los niños y los jóvenes, no logra reconocerlas reglas de la cohesión, del vínculo o de la integridad social, la escuela habrá fracasado estruendosamente.

En principio, todos los elementos que conforman el escenario académico de la escuela, es decir aquello que llamamos las asignaturas, encuentran la razón de ser de su enseñanza, en el afianzamiento del vínculo social. Que se sepa, no hay sociedad en la cual se enseñen cosas, por la presunción de inutilidad e inconveniencia.

Muy al contrario, una de las condiciones para que algo sea enseñado, es que tal sea justificable desde el punto de vista de la conveniencia o de la utilidad social. Puede ser el Estado quien decida un plan de estudios, puede ser un establecimiento privado, un partido político, una junta cívica o de padres o incluso un comité de alumnos y en cualquier caso predominarán esos conceptos o presunciones. Es tal la convicción que suele animar un plan de estudios y la necesidad de la escuela, que muchos pueblos, en tiempos de guerra, procuran aislar sus centros de enseñanza de las nefastas influencias de la guerra. Cuántas escenas recientes vimos de niños que, entre el fuego cruzado de las calles de Beirut, o en los campos de exiliados palestinos, en el seno de cuevas en medio de la selva vietnemesa, recibían con toda la naturalidad del mundo las enseñanzas de un maestro. La prensa mundial grabó en nosotros esas visiones tristes. En Corea del norte, en tiempos de guerra, trasladaron sus centros de enseñanza a lugares

inexpugnables. Y ya en el siglo XVII, Juan Vives recomendaba construir las escuelas lejos de las fronteras para evitar que ellas quedasen en pleno campo de batalla. Hace poco me contaba una maestra que, cuando en la calle contigua a su salón de clase una balacera interrumpió las actividades, los niños, por instrucciones suyas, pasaron agachados la situación, para continuar normalmente a los pocos minutos.

Al contrario, la eliminación de una asignatura suele explicarse en términos de inutilidad o inconveniencia. Así desaparecieron el latín y el griego, varias horas de filosofía y las clases de costura.

Utilidad y conveniencia son los resortes íntimos de lo aceptable y un mínimo consenso capaz de neutralizar un máximo de resistencia pasiva, legitima lo aceptable. Por eso no basta con que muchos no estén de acuerdo para que se tambalee un plan de estudios -en realidad eso viene pasando desde hace muchísimos años con nuestro bachillerato-, sino que esos muchos deben tener poder para romper lo que neutraliza su resistencia.

Desde el punto de vista de los adultos, no es difícil ponerse de acuerdo en torno a los fines de la Escuela. Hagamos abstracción de la diversidad de grupos sociales que conforman la sociedad y del matiz propio que cada grupo le imprime a sus deseos y necesidades. En el fondo, se emplean palabras iguales o equivalentes para explicar su utilidad; claro está, y hay que insistir en ello, que esa comunidad de intereses es válida cuando nos referimos a un contexto de normalidad. Si tal contexto no existe, la gente hablará no de lo que espera de la escuela, sino de lo que la escuela debería ser. Hoy no sabemos qué tan normal es nuestro medio social. No sabemos qué esperan los ciudadanos de la escuela.

Tenemos algunas hipótesis desalentadoras en razón de los índices elevados de desempleo particularmente en Medellín. Parece ser, no obstante, que lo esperado es menor que la fe que en ella se tiene, pues tal parece que sigue siendo fuente de credibilidad. Sólo que no es posible determinar si se cree en ella porque siempre se ha creído o porque en tiempos de crisis nos pagamos de las instituciones más estables para mantener la esperanza.

Pero, en términos de lo que significa para las nuevas generaciones, no tenemos ningún acuerdo. Nos esforzamos para que niños y jóvenes piensen como nosotros y terminamos necesariamente por desconocer del todo lo que ellos perciben de esa institución. Casi que para poder transmitirle a esa generación nuestros valores, debemos partir de una campaña de exterminio de sus ideologizaciones.

Ese procedimiento funcionó a la perfección en el pasado y todavía es viable en países donde, teniendo un bajísimo nivel de vida, las comunicaciones masivas son aún primitivas. Si una cultura asienta sus procesos de reproducción en la relación dual adulto-menor, todo está dado para poder decidir de antemano cuál es el polo dominante de la relación. Eso fue lo que durante siglos le sirvió a la escuela de garantía para su eficacia. A pesar de las complejidades

que el trabajo de formación enfrentaba, era bien sencillo comparado con nuestros días. Las claves

para enseñar y en general para manejar a las nuevas generaciones, estaban casi todas contenidas en una realidad muy estable cual era la familia. No necesitaba el maestro un saber especializado acerca de la vida social, puesto que su saber inconsciente de la familia le resultaba suficiente para inferir a partir de él, procedimientos pedagógicos de control y motivación a la par que unos parámetros mínimos aptos para evaluar el desarrollo de un niño. Hoy, entre la escuela y la familia hay un espacio inmenso ocupado ya no sólo por los medios de comunicación -eso era así tan solo al principio del proceso-, sino lo que es aún más desconsolador, por todos aquellos fenómenos nuevos que fueron producidos a partir de la irrupción de esos medios.

Los códigos familiares son insuficientes ahora para comprender a los adolescentes y aún los padres tienen serias dificultades con niños de seis o siete años. Es que dentro de la misma familia, la relación dual entre padre-hijo también fue horadada por la insurgencia de un mundo que primero sedujo a los mayores y después les quitó el control sobre los menores. Otros fenómenos relativamente dependientes del anterior han concurrido para producir una suerte de inestabilidad de la institución familiar, de la cual es muy probable que aún no hayamos salido.

Diría que vivimos un proceso de reconstrucción de la familia y mientras no concluya, es decir, temporalmente se estabilice, no será posible construir para la escuela un saber eficaz a partir de aquella.

El otro punto de referencia para la actividad educadora tiene que ver con la suerte final de los jóvenes en formación. Para épocas normales las necesidades de profesionales o técnicos están intuitivamente establecidas, a la manera de un conocimiento práctico de la vida social. Acá también opera la tesis del mínimo consenso: tasas de crecimiento sostenidas, variables controladas espontáneamente entre sí, dan la idea de un sistema educativo también estable. Pero la presencia hoy de hechos contrarios, desestabiliza el mínimo consenso y, lo que es más grave, no existe entre el mismo cuerpo magisterial del país. No hay una ideología escolar unificada.

Así pues, la educación salta desordenadamente porque sus contactos con el pasado y con el futuro están alterados, y lo están, porque la conciencia histórica de la sociedad está alterada.

Una hipótesis

Hace unos veinte años Estanislao Zuleta le recomendó un psicoanálisis a la izquierda colombiana. Como es natural, tal recomendación produjo lo que tenía que producir: rabia e insistencia en el síntoma. Por esos días se estaba produciendo una ruptura en la mentalidad de las viejas generaciones que decidieron lanzar una guerra contrainsurgente contra la juventud. Esta, a su vez, atrapada en la guerra fría como carne de cañón de las superpotencias que una vez más demostraron su despiadada relación con los jóvenes pueblos del Tercer mundo,

reaccionaba sin medida contra todo lo establecido. Principios y valores compartidos por pueblos civilizados y heredados por la humanidad en el transcurso de milenios, fueron objeto de la iconoclasia desenfundada. La escuela fue una de las víctimas preferidas e indefensas.

Creo que todos los que estamos aquí recordamos el libro de combate contra la escuela de entonces. Un manso filósofo francés escribió Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Esa fue la razón teórica de la más lamentable de nuestras perversiones. Pasados unos años, si no continuó el proceso de desmoronamiento de la escuela, fue poruña razón práctica leninista: no servía de mucho esa demolición.

Pero quedó establecida una ideología antiescolar. Al principio de esta intervención se ponía como condición, para que la escuela funcionara contra la violencia, que al menos una de las generaciones que a ella asiste, la de los mayores, tuviese una cierta percepción de la sociedad como integridad que debía conservarse. Entre nosotros se fue erosionando esa percepción y por lo tanto no hubo más enseñanza de las reglas. Era imposible evitar, en esa situación, que la otra generación –desconocedora de las reglas elementales de la vida social, separada de la familia por el avance de los medios de comunicación e insuficientemente motivada a intuir en la escuela

un mecanismo de movilidad social- intentara la violación sistemática de todo orden, con la sola excepción de lo que se le presentó como alternativa de poder, el delito, que si es hoy sicariato o narcotráfico, pudo haber sido cualquiera otro. Es un consuelo inútil introducir estas dos últimas formas delictivas como un factor dominante en la violencia de los jóvenes. Fue su extensión rápida y casi sin obstáculos una consecuencia. Por eso digo que pudo haber sido cualquier otro delito el que hoy concentrara todas nuestras preocupaciones.

Los niños buscan en la escuela una alternativa razonable para su propia conservación, en tanto aquella, con su orden, es una garantía contra la disolución de la personalidad. Si no hay escuela, o no ofrece ese orden como garantía –orden que cabalga sobre las espaldas de los mayores-, no por ello dejan de buscar aquello que evite tal disolución.

Puede parecer extraño pero mientras no se diseñe una escuela nueva, es necesario creer al menos en la escuela vieja. Y mientras no se establezca la familia, hay que estabilizar por consenso entre los maestros, un punto de vista acerca de los niños y los jóvenes. Tal vez este sea el método coyuntural correcto para levantar el único escollo estratégico contra la violencia. ¿O habrá aún quienes crean sobre la tierra que nada es capaz de asegurar la felicidad de las naciones, más que la base económica?